PANORAMA ESTRATÉGICO 2015

Gracias al CESEDEN, al Instituto de Estudios Estratégicos y a sus máximos responsables, comenzando por el general Miguel A. Ballesteros, que no ha podido acompañarnos hoy por encontrarse fuera de España. Sin su interés y apoyo, dudo que el Panorama Estratégico hubiese sobrevivido casi veinte años ya a pesar de los recortes. El prestigio de esta institución, sin duda, compensa los esfuerzos que representa sacar a la luz una publicación como esta cada año. Gracias a todos por acompañarnos esta tarde.

Desde su primera edición, en 1997, PANORAMA ESTRÁTEGICO es una de las publicaciones del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) con las que se pretende arrojar –desde la actualidad del último año y los antecedentes históricos más relevantes, esencia de las mejores predicciones en opinión de Winston Churchill- un poco de luz sobre una sociedad internacional en cambio vertiginoso.

Sorprendente, por la incertidumbre y la vorágine de datos que proporcionan las rede sin distinción de jerarquías ni de autoridades, seguramente no tanto si la comparamos con los retos que tuvieron que afrontar los dirigentes de los años 50, 60, 70 u 80.

Bajo la dirección del general Ballesteros, en la edición de este año se han seleccionado, atendiendo a las prioridades y a las líneas de trabajo del Instituto, cinco temas: los retos de la acción exterior de la UE, con atención preferente a los cambios al frente de las principales instituciones comunitarias y al conflicto con Rusia del último año; el horizonte de guerras, desestabilización y crisis en Oriente Medio y el Norte de África, con especial

atención a Siria, Libia, Irak, Gaza, Irán y Egipto; los múltiples desafíos del África subsahariana, tan cerca y tan desconocida; la disputada hegemonía de los EE.UU. en la recta final de la Administración Obama, con la apuesta por la reconciliación con Cuba desde el 17 de diciembre; y el comercio al servicio de la geopolítica en la sociedad global del siglo XXI.

Para su elaboración, el IEEE tiene el honor de contar este año con las firmas de dos académicos (los profesores Martín Ortega Carcelén y Carlos Echeverría), el embajador Ignacio Rupérez, el director del Centro de Estudios Económicos y Comerciales, José Alberto Plaza Tejera, y Blanca Palacián de Inza, analista del IEEE y responsable de la edición final del texto.

2014 fue un año fácil para la selección de los acontecimientos más relevantes. De atípico o raro (*odd*) lo calificaba Gideon Rachman en el Financial Times. "Sólo veo dos hechos que destacan claramente sobre todos los demás: el deterioro de las relaciones entre Rusia y Occidente por la crisis de Ucrania y el retorno de los EE.UU. a la guerra en Oriente Medio"[1], reconocía a finales de diciembre.

Ni Rusia ni Occidente estaban preparados para la escalada de la crisis en Ucrania. Occidente no previó la anexión de Crimea por Rusia y el presidente ruso, Vladimir Putin, no anticipó el golpe contra el gobierno de Yanukovich en Kiev, el derribo de un avión de pasajeros, en su mayoría holandeses, ni las sanciones que condujeron a la crisis más grave en las relaciones con Moscú desde el fin de la guerra fría y a un grave deterioro de la economía rusa por el doble impacto de las sanciones y del

[1] Gideon Rachman. "The five most significant events of 2014". FINANCIAL TIMES. December 31, 2014. http://blogs.ft.com/the-world/2014/12/the-five-most-significant-events-of-2014/

desplome del precio del petróleo: casi un 50% entre junio y enero.

Son tantos los intereses en juego para el equilibrio y el mapa europeo, y tan grave el impacto potencial, si no se controla la escalada de la tensión entre Occidente y Rusia, que la crisis de Ucrania se ha convertido, por delante incluso de Oriente Medio, en la prioridad de Europa en 2015 y, seguramente, en los años siguientes.

La redefinición de la identidad de Rusia a partir de 1991, tras la disolución de la URSS, está lejos de terminar y su coincidencia con el resurgimiento de una nueva Alemania compitiendo por la misma zona de influencia exigirá la máxima atención y prudencia para que los cañones de agosto no se conviertan de nuevo en trincheras de invierno.

No hay acuerdo aún –ni dentro ni fuera de Rusia- sobre el destino de lo que queda de la antigua URSS, sus fronteras o límites de influencia. Por ello seguimos sufriendo los efectos de la pérdida de un imperio en busca de un nuevo rol, entre la nostalgia de la potencia que fue en el siglo XX y una identidad o alma partida entre Oriente y Occidente, cuando –si nos fiamos de Thomas Friedman o del propio Obama en su discurso de septiembre ante la Asamblea General de la ONU- esa división ha dejado de ser válida, si alguna vez lo fue, para explicar los principales acontecimientos internacionales.

Como aconseja Timothy Garton Ash en su último artículo, haríamos bien en no confundir a Rusia con Putin y en evitar –algo que no se hizo hace año y medio respecto a Ucrania- pasos que, como explica el historiador Geoffrey Hosking en su última obra –

Rusia: Pueblo e Imperio-, ofrecen en bandeja al Kremlin los argumentos que necesita para rechazar cualquier movimiento democrático interno que pueda amenazar el poder y los privilegios de los sucesores de Yeltsin desde 1999.

La pregunta del Economist en su informe sobre Rusia y Occidente de esta semana -si se ha superado lo peor, si estamos ahora en una pausa entre dos tormentas o en la calma que suele preceder a la sacudida más fuerte del huracán- parece justificada. De momento, el discurso ruso –con amenazas nucleares incluidas- se centra en un mensaje simple: que Occidente le ha declarado la guerra para impedir que vuelva a ser la gran potencia que fue. La inmensa mayoría de los rusos, si creemos las encuestas más importantes, respalda esa visión, pero las cifras a finales de abril de 2015 sobre la economía rusa –inflación (17%), recesión (3%), el rublo estabilizado y el petróleo por encima de los 60 dólares-, aun siendo malas, están lejos del catastrofismo que muchos temían cuando cerramos este Panorama en la primera semana del año.

El 8 de agosto de 2014, casi tres años después de la retirada de las últimas fuerzas estadounidenses de Irak, los EE.UU. volvían a la guerra en la antigua Mesopotamia con el inicio de bombardeos contra la insurgencia del mal llamado Estado Islámico, una coalición de restos de Al Qaeda en Irak, del ejército de Sadam y de milicias de tribus suníes descontentas con el gobierno de Bagdad, cuyo incompetente exprimer ministro, Nuri al Maliki, se vio forzado a dimitir por la triple presión del líder religioso chií de Irak, el gran ayatolá Ali Hussein Sistani, de Teherán y de los Estados Unidos.

Su destitución dio paso a una nueva estrategia que, diseñada con urgencia y modificada sobre la marcha varias veces desde entonces, trataba de evitar el despliegue de fuerzas de combate estadounidenses y optaba por el apoyo aéreo a fuerzas locales como los kurdos, al ejército iraquí y a milicias en Siria que ahora puedan frenar y, en meses o años, sean capaces de acabar simultáneamente con la dictadura de Asad y con la amenaza yihadista.

¿*Desideratum* compatible con los medios desplegados hasta hoy? ¿Es compatible el apoyo a los kurdos con seguir negando su derecho a la independencia? ¿Hasta dónde se llegará en la fragmentación o transformación del Oriente Medio diseñado tras la primera guerra mundial? ¿Lograrán los gobiernos nacionales recuperar la fuerza, la influencia y la legitimidad perdidas? Sin un apoyo mucho más decidido de las potencias regionales e internacionales, será difícil, pero ese apoyo está seriamente limitado por el enrevesado cruce de intereses religiosos, étnicos, económicos, políticos, diplomáticos y militares que difuminan peligrosamente la frontera entre amigos y enemigos, aliados y adversarios.

Un pacto estratégico entre Irán y Arabia Saudí parece imprescindible para avanzar hacia soluciones políticas en este laberinto de conflictos entrelazados, y un acuerdo de las grandes potencias con Irán como el previsto en los compromisos alcanzados en noviembre y el mes pasado facilitarían ese camino.

Las negociaciones internas –dentro de los EE.UU. y dentro de Irán- pueden ser tan difíciles o más que las negociaciones con Irán de aquí al 1 julio, aunque los presidentes Obama y Rohani

insistan en que “es un pacto beneficioso para todos”, incluso para Israel. Las contradicciones en las versiones oficiales sobre lo ya conseguido –Irán ni siquiera ha publicado su *fact-sheet*-, las dificultades para que Irán cambie de discurso estratégico, los cálculos económicos que mueven a Teherán en todo este proceso y el convencimiento de muchos de sus dirigentes de que, como país nuclearizado, tendría más influencia en la región y en el mundo obligan a matizar y a poner entre interrogantes cualquier previsión u opinión

Ayer mismo, en su columna semanal del Times, Friedman destacaba tres cuestiones para llegar a buen puerto en el diálogo con Irán: la importancia crucial de reducir la desconfianza con gestos como se está haciendo con Cuba; la naturaleza radicalmente distinta del desafío –tecnológico-nuclear-militar para los EE.UU., identitario para Irán- y el elemento esencial para que prospere: una verificación tan precisa y amplia que hasta los más recelosos tengan que rendirse a la evidencia.

Con el Estado, tal como lo hemos conocido, desapareciendo o desaparecido en Siria, Irak, Libia y Yemen, ¿están preparadas Europa y los EE.UU. para adaptarse e influir positivamente en la transformación iniciada o va a intentar frenarla o impedirla por la fuerza? La segunda opción, tal como se ha aplicado desde el 11S, no parece haber dado los resultados esperados.

Las guerras del Golfo, por Kuwait y contra Irak desde los años 80, la sacudida árabe y el ISIS han puesto en evidencia la incoherencia y difícil sostenibilidad de las bases del sistema anterior estatal -fiscales, políticas, administrativas y militares - que hemos conocido en la segunda mitad del siglo xx en Oriente Medio. En ninguno de los cuatro países citados hay capacidad de

reclutamiento nacional y, aunque el ISIS desaparezca, las lealtades étnicas, religiosas, familiares o tribales pesan mucho más que las del estado o de lo que queda de él.

En el caleidoscopio anárquico o caótico de la región, con fronteras tan porosas e incontroladas, la proliferación de actores no estatales armados parece consolidarse como una fuerza tan influyente o más que los actores estatales y exigirá una respuesta más coherente y mejor coordinada.

Asia, a diferencia de Rusia y Oriente Medio, ofrece un panorama más tranquilo. "La presencia de tres líderes fuertes al frente de las tres potencias más importantes del continente –Xi Jinping en China, Xinzo Abe en Japón y Narendra Modi en la India- es un factor estabilizador, pues los tres han apostado sus carreras a monumentales reformas domésticas que les obligan a concentrar su atención en el interior de sus países y a evitar conflictos en la medida de lo posible", adelantaba Ian Bremmer en el anuario de prospectiva del Economist.[2]

El desplazamiento hacia Asia del grueso de la fuerza estadounidense, aunque lento, es un hecho. En 5 años el 60% de su fuerza aérea estará en Asia-Pacífico. Las inversiones del Pentágono en bombarderos de largo alcance y submarinos nucleares están diseñadas pensando más en China que en Rusia u Oriente Medio.

Las prioridades de la defensa de China –sus crecientes inversiones en sistemas de mando y control, tecnología antisatélites, control de redes, guerra cibernética, misiles crucero, vehículos no tripulados, aviones *stealth* y sistemas de

[2] Ian Bremmer. "Pivoting back". THE WORLD IN 2015". The Economist, p. 57.

reconocimiento- no serían comprensibles sin una estrategia diseñada para negar espacios e influencia a los EE.UU. a medio y largo plazo.

Al mismo tiempo, no deja de presionar en la llamada cadena de islas y archipiélagos de los mares del sur y del este de China.

En marzo del año pasado, guardacostas chinos bloquearon el acceso de Filipinas a sus enclaves en las Spratley. En mayo, desplazó una plataforma petrolea a la zona económica exclusiva de Vietnam. Acciones en la estela del choque con buques japoneses en septiembre de 2010 y de la declaración de zonas de identificación de defensa aérea sobre las Senkaku-Diaoyu y otras zonas del Mar de China Oriental.

Para muchos, cuanto más fuerte se sienta el Ejército Popular, menos tensiones y conflictos habrá en la defensa de sus aspiraciones. Para sus vecinos y su principal aliado, EE.UU., lo más prudente será confiar en que así sea, pero prepararse para el efecto contrario.

Los encuentros recientes entre los dirigentes japoneses y chinos, el viaje de esta semana del presidente Xi Jinping a Pakistán con la promesa de inversiones masivas, su ausencia del sempiterno contencioso palestino-israelí y la cómoda neutralidad que China sigue manteniendo en el avispero de Oriente Medio a pesar de ser ya el principal importador de petróleo tanto de Irán como de Arabia Saudí ayudan poco a la solución de los conflictos locales y regionales, pero permiten a Beijing rentabilizar al máximo una estrategia basada en las reformas internas, la diplomacia económica y el apoyo a actores –organizaciones y estados- sin

quemarse tomando partido o enviado soldados a conflictos violentos.

Madrid, 23 de abril de 2015